

## Psicoanalistas: una prolongada infancia

*Marcos Lijtenstein\**

I. Un reciente fin de semana próximo a la terminación del año lectivo y al inminente comienzo de las vacaciones estivales, quise volver a un volumen de relatos de William Faulkner. La promesa de un indoblegable placer estético ganó su sitio. Pero no pude evitar un incómodo sentimiento de tener que darme permiso: en la Universidad había cumplido o estaba en seguro curso de cumplimiento, el cierre de los compromisos finales del año, en mis funciones de coordinación docente y me sentía bien dispuesto a realizar las horas de análisis que restaban. Algo así como el incómodo sentimiento de que, puesto que quedaba claro que el nene se había portado bien, nadie, nada, podría poner en entredicho su disfrute del postre o de un juego predilecto.

Todavía, en el curso del disfrute, el alivio de encontrar en la narración buenas incitaciones para el análisis aplicado: un olvido clave, el enfrentamiento de la adolescente Elly con la abuela, el alcance, para aquella, de la iniciación sexual, las actuaciones, el desconocimiento del propio protagonismo en el desenlace...

Suerte que el indoblegable placer estético se impuso, dejando lo demás, si viene a darse, para una eventual relectura, para un ejercicio en segundo término con las claves del inconsciente.

Lejos estoy de proponerme para un inelegante ejercicio exhibicionista. Me ha ocurrido más de una vez oír a compañeros semejantes comentarios culposos, unidos a la definida conciencia de su falta de razón.

Pero justamente cuando a una conducta le falta (o le sobra) razón, es que empieza el psicoanálisis.

---

\* Br. Artigas 1085. Montevideo 11200

**II.** ¿Qué nos pasa —o al menos nos suele pasar— con la intensa trabazón con que Investimos nuestras tareas de análisis y sus aledaños, que las salidas, aún si ejemplarmente encarnadas o incitadas por el propio Freud —Literatura, Antropología. Religiones, a veces una actividad clínica fuera del consultorio, por ejemplo- nos parecen tan difíciles de justificar y disfrutar?

No nos dejaremos tentar por la racionalización: hay ya de por sí una tan ingente e inabarcable literatura psicoanalítica en nuestra actividad científica y en nuestra cultura, que mal podríamos pretender un sitio justificado para las “escapatorias”. En todo caso, ya nos podremos enterar de lo que pasa en el mundo, por lo que nos traigan los propios analizandos. Con lo que me estoy refiriendo tanto al leer o al contemplar, sobre el mundo, como al hacer en el mundo.

Acabo de escribir “escapatorias” Me parece oportuno encontramos con la noción. Percibo que escribiendo una nota con propósito psicoanalítico, rápidamente los motivos de la defensa podrían desviarnos: anticipando una teorización (como antes señalábamos que podríamos querer analizar un texto literario sin darnos la ocasión preliminar e indispensable de disfrutarlo). Entonces podríamos echar mano de un repertorio de conceptos que utilizados antes de tiempo o fuera de lugar, se volverían etiquetas obturadoras. Así, por ejemplo, si nos apresurásemos: he aquí un conjunto de cavilaciones obsesivas; he aquí una fantasía anal de la lectura como regalo que por sus fuentes y su sentido, no es lícito permitirse o mostrar; he aquí correlativas y severas admoniciones superyoicas. Aunque todo esto resultara eventualmente cierto, esgrimido inmediatamente, amenazaría el intento de acercarnos hasta donde nos fuera dado, al corazón de un problema. Cabe pensar que los mismos resortes en juego para cuestionarnos el derecho al placer de esa lectura, estarían reobrando al impulsar esta intelectualización defensiva: permaneceríamos encerrados en el registro de la prohibición, incluida la del deseo de entender.

**III.** El lector se promete un buen momento, aunque se trate de un drama. Como analista, al entrar en sesión, también, aunque se trate de dolor, de pérdidas, de una angustia que reconduce a la indefensión. Ese “buen momento” no quiere decir, en ese caso, un gozoso connubio con el sadismo. Se trata de experiencias entrañables, que por algo entran en colisión con otras

que el analista puede pretender, como cuando un sujeto es reclamado por versiones contrapuestas de la fidelidad.

Así como se ha descrito<sup>1</sup> que el sueño manifiesto juega sus escenas sobre una pantalla onírica que simbolizaría el seno materno alucinado y hecha regresivamente de un blanco narcisismo, la cual comúnmente no es perceptible, tenemos que preguntarnos por aquello que permanece oculto, implícito en la sesión analítica y que no es fácil de explicitar, por su misma índole arcaica.

Para ese propósito, ya no estamos con la mirada centrada en el analizando, sino en la relación analítica y en lo que ésta posibilita al analista. Estamos pensando más allá de la conflictiva neurótica del analista, que constituye el nivel tradicionalmente abierto a la prolongada elaboración analítica<sup>2</sup>.

Cuando decimos lo que la relación analítica posibilita al analista, estamos en el polo contrario al del ensanchado y ahondado conocimiento de sí, ese al que enriquecen la tensión y los senderos de las virtualidades transformadoras de dicha relación de análisis.

Por el contrario, estamos prestando atención a lo que le posibilita al analista escamotearse, detenerse protegido ante las fuentes radicales del sufrimiento, persistir en la construcción de vallas que las cieguen. Una tarea que en última instancia ni la más encendida lucidez podrá detener, a riesgo de locura y de muerte. Pero antes de esos resortes últimos, queda camino para intentar recorrer.

**IV.** Por los años sesenta, en sendos trabajos dedicados respectivamente a la familia y al encuadre<sup>3</sup> José Bleger expuso parte de sus reflexiones sobre el problema de la simbiosis. Entendió «que la familia se caracteriza fundamentalmente por el establecimiento de una *simbiosis* y que en ella interviene, se concentra, *la parte psicótica de la personalidad* de todos sus integrantes». Siendo «aquella parte de la personalidad que ha quedado en los niveles más inmaduros y regresivos», en los cuales campea la *falta de discriminación*.

Se deposita y controla en la familia la parte menos diferenciada o menos discriminada de la personalidad. Gracias a lo cual (y basado en una profunda disociación) le es posible a un sujeto actuar en el extragrupo familiar poniendo en juego la parte más adaptada, más discriminada, más evolucionada de su

personalidad.

Me interesa subrayar lo que sigue: « (...) la simbiosis es fundamentalmente *una relación muda*, es decir, que tiene que ser intencionalmente detectada y puesta de manifiesto, porque se da como Implícita; en otros términos, sirve de encuadre, de conjunto de constantes a la misma dinámica del grupo familiar, pero si no intervenimos sobre la simbiosis misma, no vemos los factores más importantes de la relación y la dinámica familiar y tampoco podemos Intervenir efectivamente con resultados valederos».

Ahora pasaremos, siempre con Bleger, de la simbiosis-encuadre del grupo familiar, al encuadre de la situación analítica. Brevemente: caracteriza el encuadre como institución, siendo ésta «una relación que se prolonga durante años con el mantenimiento de un conjunto de normas y actitudes'. En ese encuadre-institución o no-proceso, se enmarcan los comportamientos que constituyen un proceso.

También aquí aparece la idea de que el encuadre es mudo, pero no por ello Inexistente: «es el depositario de la parte psicótica de la personalidad; es decir, la parte indiferenciada y no resuelta de los primitivos vínculos simbióticos».

Al afirmar que en el encuadre «la alianza es con la parte psicótica (o simbiótica) de la personalidad del paciente» se pregunta: «¿con la correspondiente del analista? No lo sé todavía».

Quisiera retener—finalmente— de estos extractos, que a propósito del encuadre-institución, Bleger reflexiona sobre la evidencia de «que cada Institución es una parte de la personalidad del Individuo. Y de tal importancia, que siempre la identidad —total o parcialmente— es grupal o institucional, en el sentido de que siempre, por lo menos una parte de la identidad se configura con la pertenencia a un grupo, una institución, una ideología, un partido» u otros ámbitos. Esto abre el tema de La institución como encuadre.

V. Me inclino a responder por la afirmativa, cuando Bleger se interroga si la parte psicótica (o simbiótica) de la personalidad del analista y no sólo la del paciente halla en el encuadre mudo su depositario.

Con lo que no pretendo que esta depositación sea privativa del análisis —como no lo es la transferencia— pero el mismo es una ocasión privilegiada para su funcionamiento y para estudiarla.

Refiriéndose en «*El yo y el ello*», (cap. III) a la génesis del ideal del yo (o

superyó en dicho texto), Freud<sup>4</sup> afirma que «tras este (el ideal) se esconde la identificación primera y de mayor valencia del individuo: la identificación con el padre de la prehistoria personal'. En la nota 9 propone que en vez de padre «quizá sería más prudente decir «con los progenitores» pues padre y madre no se valoran como diferentes antes de tener noticia cierta sobre la diferencia de los sexos, la falta de pene».

Podría decirse en síntesis que el analista, mientras es padre con el analizando, permanece hijo de sus progenitores. Y aún, este lenguaje corre el riesgo de dar en clave adulta una versión de lo que se cultiva secretamente en la relación muda, haciéndonos perder de vista sus cualidades primitivas, arcaicas.

Al comienzo del cap. y de la misma obra, dice Freud:

«El superyó debe su posición particular dentro del yo o respecto de él a un factor que se ha de apreciar desde dos lados. El primero: es la identificación inicial, ocurrida cuando el yo era todavía endeble; y el segundo: es el heredero del complejo de Edipo y. por lo tanto, introdujo en el yo los objetos más grandiosos. En cierta medida es a las posteriores alteraciones del yo lo que la fase sexual primaria de la infancia es a la posterior vida sexual tras la pubertad (...). Es el monumento recordatorio de la endeblez y dependencia en que el yo se encontró en el pasado y mantiene su Imperio aún sobre el yo maduro».

He extendido estas transcripciones porque remiten con claridad a la prioridad de la identificación primaria. Esto parece tan obvio, como que lo primero es lo primero, pero cabe preguntarse sí lo tenemos presente cuando repetimos que el superyó es el heredero del complejo de Edipo, esto es, de las identificaciones secundarias. Podría incurrirse en el error de pensar sólo en estas últimas y no en la concurrencia de ambas series. Una concurrencia que por cierto no afecta el reconocimiento del papel constituyente del complejo nuclear.

Tenemos como analistas por lo menos dos progenies: nuestra familia camal y la analítica, donde entran en juego no sólo los analistas sino también las instituciones, la comunidad analítica y su interjuego nunca definitivamente armónico con la cultura.

Siempre amenazados del retorno al desamparo, precisamos sellar nuestros primitivos lazos constituyentes y defendemos de cuanto pueda vulnerarlos y vulnerar nuestra existencia. Con lo que corremos el riesgo de canjear

dependencia —ignorándonos en cuanto cultores de su mantenimiento- por seguridad, la que confiamos a nuestros «mayores».

El analizando niño convoca para bien nuestra niñez «la endeblez y dependencia en que el yo se encontró en el pasado» — pero la renuncia al co-análisis, el mantenimiento de la mudez del encuadre (quizás como el fundamento de sostener lo que los Baranger llaman «baluartes») nos permite defendemos fijando la mirada en la indefensión del otro exclusivamente. Y todavía, diría Bleger, cuando se juega en el proceso, no cuando se deposita en el encuadre.

Hace un momento se me apareció el comienzo de estas notas, Faulkner, la protagonista de su relato y en mi mente se cruzó fugazmente la paciente de Faulkner...

Aunque la lectura —y más tratándose de un texto literario- pone en vilo nuestra adultez, parece que el superyó analítico tiende a imponerse: «el monumento recordatorio» nos retiene niños-analistas, pero permitiendo que nos defendamos de su asunción cabal y de sus consecuencias; imponiéndonos una adultez analítica pretendidamente sin fisuras que nos deja sumidos en una soledad que no se sabe soledad. También nuestra pretensión de autenticidad está en riesgo, si desconocemos el asedio de la inautenticidad.

Reconocer el malestar en que nos sume ser, al fin y al cabo, humanos y no divinos, promete la recompensa de enriquecer nuestra condición de analistas, sí afinamos la técnica como un surco que lleve agua a más vastos e íntimos territorios de nuestra condición humana, la que no por vulnerable deja de mostrarse desafiante.

*Dic. 1991/mar. 1992*

## **Notas**

1. B.D. Lewin, cit. por Laplanche. J. y Pontalis, J.B.: «Ecran du Réve», en «Vocab. de la Psychanalyse». P.U.F., Paris, 1968.
2. En ese nivel (Edipo, castración) quedábamos en «La soledad del psicoanalista». Rev. Urug. de Psic. N° 62, Montevideo, 1984.
3. BLEGER. J. *Psicohigiene y Psicología institucional*, cap. IV. *Grupo familiar y psicohigiene*. Ed. Paidós, Bs. As., 1966 (P. ed.).  
*Simbiosis y ambigüedad*, cap. VI: *Psicoanálisis del encuadre psicoanalítico*. Ed. Paidós, Bs. As.. 1972.

FREUD, S. (1923). *El yo y el ello*. O.C. t. XIX. Amorrortu ed. Bs. As.1979.